

Una disculpa tardía

Sobre la *Historia de la Literatura Argentina* de Ricardo Rojas

Aníbal Jarkowski

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

ajarkowski@yahoo.com.ar

Resumen

Cerca del centenario de la creación de la cátedra de Literatura Argentina de la FFyL de la UBA, y a los 95 años del comienzo de la publicación de la *Historia de la Literatura Argentina*, este ensayo revisa algunos aspectos teóricos y metodológicos de aquella obra primordial de Ricardo Rojas, fundamentalmente a partir de la relectura que, considerando el mismo objeto, realizó Martín Prieto en el año 2006. Por otro lado, se exponen algunas reflexiones en torno a la enseñanza de nuestra literatura, recuperando una observación de Eric Hobsbawm acerca de la actual pérdida de una “relación orgánica” entre los jóvenes y el pasado.

Summary

With the upcoming 100th anniversary of the creation of Argentine Literature as a subject at the Faculty of Philosophy and Literature of the University of Buenos Aires, and 95 years after the first publication of *History of Argentine Literature*, this essay examines some theoretical and methodological aspects of such essential work by Ricardo Rojas, based fundamentally on Martín Prieto's revisit of that text in 2006. On the other hand, some reflections over the teaching of our own literature will be presented, bringing back up a remark by Eric Hobsbawm on the current loss of an “organic relation” between the younger generations and the past.

De las numerosas cosas de las que me avergüenzo –hoy lo hago público–, una de ellas es no haber considerado en su justa medida, en su verdadero valor, la *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, publicada entre 1917 y 1922, de manera que se cumple ahora el centésimo nonagésimo aniversario de su publicación completa.

¿Por qué no fui inteligente, respetuoso, agradecido, de las palabras, seguramente harto repetidas en este Congreso?: “El maestro que la inauguró [a la cátedra de Literatura Argentina] debió no sólo dictar sus lecciones, sino crear esta nueva asignatura. Yo tomé una cátedra sin tradición y una asignatura bibliográfica” (Rojas 1960: vol. I; 27).

El desdén, propio de la juventud, hacia las obras alejadas de nuestro tiempo y enfrentadas al incesante afán de sucesivas novedades, por cierto, podría resultar una disculpa banal de la que no tengo más remedio que avergonzarme; pero prefiero eludir su exposición en detalle.

Hoy desearía, al menos en una parte, reparar ese error.

¿Cómo llegué a este punto en el que hoy me encuentro?

Diría que luego de la relectura de dos textos “afiliados” con aquella obra de Rojas; uno de un padre y otro de su hijo.

El primero es un delgado libro de Adolfo Prieto que consulto relativamente poco, aunque me ha sido muy útil y que, cuando me inicié en el dictado de trabajos prácticos, me socorrió frente a algunos incordios propios de la actividad docente; me refiero al *Diccionario Básico de Literatura Argentina* de Adolfo Prieto, incluido en la serie *Capítulo, Biblioteca Argentina Fundamental*, que el Centro Editor de América Latina publicara hace ya tantos años.

Escribe allí Prieto:

La producción de Rojas es vasta, y se resiente, por cierto, de esa vastedad. [...] apuntando casi siempre a objetivos ambiciosos que terminaban por distanciarse de la virtualidad de sus recursos especulativos y de sus medios de expresión. No obstante estas reservas, la obra de Rojas se propone como de conocimiento recomendable en una evaluación de la literatura argentina de las primeras décadas del siglo: de alguna manera, esta obra vale como el paradigma de los ideales y del estilo del novecientos [...] Rojas dictó desde el año 1913 la primera cátedra de literatura argentina instituida en una universidad nacional. Cuatro años después iniciaba la publicación de su monumental *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. [...] Este fue el primer intento de sistematizar el conocimiento del pasado literario emprendido en la Argentina y en relación a la época y a los recursos disponibles, debe admitirse que fue un intento y una realización, en muy buena medida, estimable. Los criterios y la metodología, desde luego, han envejecido, pero parte del repertorio de *datos* manejados por el autor y muchos de los *juicios* con que los presenta, todavía constituyen un auxiliar útil para la investigación. (Prieto 1968: 135-136)

Cuando uno consulta la parte IV de la “Introducción” del volumen I, no hace sino confirmar la vastedad del proyecto de Rojas y la virtualidad de recursos con los que, en aquel entonces, contaba.

Hay varias observaciones que haría sobre esta cita del libro de Prieto, pero, por respeto a ustedes y a mis compañeros en esta mesa –y acaso también por obvias– las voy a omitir. Señalo, nada más, el aprecio de Prieto hacia “datos” recogidos y los “juicios de valor” con que esos datos son presentados por Rojas. Como intelectual, como estudiante primero, y después como docente de esta Casa de Estudios, el aprecio de esos rasgos me resulta de enorme interés, más allá de que Prieto los señalara más de cuatro décadas después de la edición completa de la obra de Rojas, y a más de cuatro décadas de nuestro presente.

Del segundo libro afiliado, no diré que precisamente es “breve”; aunque ése es el título que su autor decidió adjudicarle.

Me refiero, es claro, a Martín Prieto y a su *Breve Historia de la Literatura Argentina*, publicada en 2006 y que, en poco tiempo, ha merecido, no sólo numerosos comentarios, sino además inteligentes e inquietantes reflexiones –nada unánimes–, entre las que destacaría, por ejemplo, el ensayo “Rojas, Viñas y yo (Narración crítica de la literatura

argentina)”, de Jorge Panesi, publicado en el número 4-5 de la revista *La Biblioteca*, editada también en 2006 por la Biblioteca Nacional en un ejemplar de medio millar de páginas dedicado enteramente a la crítica literaria argentina.

El ensayo de Martín Prieto, “Ricardo Rojas y la primera historia de la literatura argentina” es, razonablemente, más extenso que la entrada que su padre le dedica al mismo autor en el *Diccionario*; ocupa casi diez páginas y tiene, por cierto, numerosas virtudes, pero además puede ocuparse de cuestiones que, por razones de espacio, Adolfo Prieto no podía atender.

Hay algunas de esas cuestiones –explícitas en varios casos y en referencia a la “Introducción” al volumen número I– que hoy conviene recuperar.

En primer lugar, la observación de que “Ricardo Rojas y la primera historia de la literatura argentina” es “fruto” de la investigación personal que su autor realizó desde la cátedra de Literatura Argentina, fundada por el Consejo de la Facultad en 1912.

Luego, el señalamiento de que fuera precisamente Rafael Obligado quien dio el discurso de recepción a Rojas en la cátedra; Obligado era un escritor “nacionalista”, de manera que en su discurso está sobreentendida una polémica con los escritores modernistas de la primera mitad del siglo XIX, calificados –o descalificados deberíamos decir– como “extranjerizantes”. Refiriéndose a los “modernistas”, Rojas escribirá, para nuestro asombro actual: “Escuela de idealismo, de libertad y de fantasía, no han escaseado en ellas los extravíos grotescos. Escuela enamorada del color y de la forma, ha fomentado entre nosotros la sensualidad enfermiza y el cosmopolitismo, degeneración del individuo y de la raza” (Rojas 1960: vol. I; 52).

Una idea central en el trabajo de Martín Prieto es que la de Rojas es una historia literaria condicionada “por la historia nacional” –de ahí su “*perfil romántico*”–; y “por la historia nacional política –advirtiendo acerca de su “*perfil positivista*”.

Algo vinculado con esto y que no deberíamos desechar: la idea de una “literatura nacional”: “expresión de una lengua, una raza, un suelo; documento de una nación”.

Una de las dificultades que observa Rojas es que nuestra literatura es de tradición corta; “carece la literatura de nuestro país, o por lo menos no han tenido tiempo de sedimentarse en un orden orgánico los elementos de nuestra breve tradición” (Rojas 1960: vol. I; 30-31).

Otro aporte de Prieto en su relectura de la *Historia de la Literatura Argentina* es una concepción con ciertos visos de avanzada, no sólo metodológicos, sino también teóricos. Me refiero al hecho de que para Rojas el “idioma” de una obra no es necesariamente marca de “nacionalidad” o de “conciencia nacional”. Por eso mismo, puede atender a algunos escritores argentinos que, sin embargo, escriben en francés, o extranjeros cuya obra tiene significación para nuestra tradición y nuestro sistema literarios; concepción ésta que dejará sus huellas como para que la cátedra de Literatura Argentina considere pertinentes para su campo de estudios obras como las de Guillermo Enrique Hudson, Copi, Rodolfo Wilcock.

Una pregunta elemental y central que Prieto le hace al texto de Rojas –y también se hace a sí mismo al encarar su propia obra– es: ¿por dónde debe comenzar a contarse una historia de la literatura?

En el caso de Rojas, un “afán panegirista”, por ejemplo, lo llevaría demasiado atrás en el tiempo, iniciando el estudio de nuestra literatura propiamente dicha en el siglo XVI.

Por otro lado, y es central, dijimos que la “argentinidad” no podía ser entendida en términos del territorio habitado o del idioma utilizado, sino en función de “el espíritu mismo de la nacionalidad” percibido en la obra y no atendiendo sólo a los elementos “*materiales*”.

Observa entonces Prieto, con verdadera audacia crítica, que el mapa fundador de Rojas no difiere mucho del actual; en su obra se incluyen autores provincianos, “argentinos” anteriores a 1810 —oponiéndose así al patriotismo militarista, que remontaba la historia de nuestra literatura hasta un origen prístino e indubitable: mayo de 1810—; autores extranjeros que describieron la vida colonial u obras de extranjeros pero incorporadas a nuestro patrimonio cultural, como las de Paul Groussac, Rubén Darío, Florencio Sánchez, Horacio Quiroga. Así, se puede incluir la obra de Hudson más allá de que escribiera en inglés y en Inglaterra, ya que, como dijimos, se es “argentino”, no por el tema, sino por la productividad posterior de las obras en nuestro sistema literario.

Es interesante detenerse en el problema de la periodización del objeto de estudio considerado. Por “razones didácticas”, la *Historia de la Literatura Argentina* podría tener 6 segmentos cronológicos que se correspondiesen con la historia política del país; pero esas ventajas “didácticas” son desechadas por Rojas porque no son “filosóficas”: la vida espiritual es “difusa” y no puede acotarse a férreos límites temporales.

Algo importante se encubre bajo esto: los ciclos de la evolución literaria no son paralelos ni sincrónicos con los de la evolución política, cuestión que, arriesgaría, hoy no está zanjada de ningún modo. El ejemplo más prístino —aunque no el único— es el de los proscriptos del año 37, donde los sombríos accidentes de la historia política encuentran para Rojas nuestra literatura más sólida.

¿Son entonces los obstáculos los que motivan, desencadenan un tipo peculiar, específico, de literatura? ¿Son, por ejemplo, *Ficciones* o *El aleph* efectos de la emergencia —y el rechazo— del peronismo clásico, así como el *Facundo*, “El matadero” o *Amalia* resultarían efectos del período rosista? ¿Qué explicaría, tan directa, tan determinadamente, la escritura de *El juguete rabioso*, *Los 7 locos* o *Los lanzallamas* en relación con los años dominados por los gobiernos de Hipólito Yrigoyen y Marcelo T. De Alvear, o a los de la dictadura desencadenada en septiembre de 1930?

No parece exótico que haya críticos que propongan una intensa correspondencia entre los distintos peronismos y la literatura producida durante esos años; o que hagan una relación punto a punto entre el período de la última dictadura militar y los modos de ficción que la acompañaron o la sucedieron. Tenemos tiempo; años, décadas para seguir revisando esa probable correspondencia.

La periodización según cronologías o coyunturas políticas, entonces, no es suficiente: Rojas arriesga una división retórica, poética; una construcción de “ciclos” que son, al fin, de cuño europeo: clasicismo, romanticismo y luego modernismo. Sin embargo, también la descarta ya que está armada sobre la lucha de escuelas estéticas, con “poetas y filósofos preeminentes”, y cuya expresión puede ser bella, pero no “expresión de nacionalidad”.

Serán, en cambio, los autores “gauchescos” el punto de apoyo de la original división con la que Rojas organiza su *Historia* de nuestra literatura. Así, divide el cuadro en 4 secciones: gauchescos, coloniales, proscriptos y modernos; abandona la sucesión cronológica, ya que los gauchescos ven la luz editorial en primer término, y propone entonces un recorte que pospone la preeminencia de lo “didáctico”.

Rojas establece una historia literaria que elude, posterga, la sucesión cronológica y, a la vez, polemiza con la crítica biografista, tan al uso de entonces. Decide, entonces, que “pertenecen, pues, a la literatura argentina todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, o que han servido para vigorizar este núcleo” (Rojas 1960: vol. I; 34).

Yo arriesgaría que, en cierta forma, Rojas propone en su monumental obra, no tanto la historia de un texto colectivo –llamado literatura argentina–, sino que funda en su propio texto esa misma literatura. Rojas, en varios sentidos, es el “creador” de la literatura argentina. Ese sería –entre varios otros– uno de los beneficios de leer el ensayo de Martín Prieto: permitirnos la relectura de la *Historia de la Literatura* de Rojas; siendo borgeanos, podemos decir entonces que Prieto crea a sus precursores y su obra, entre otros méritos, nos enseña a releer la de Rojas.

Hay algo más, sin embargo, que me gustaría señalar, proponer a la consideración de cada uno de ustedes: el optimismo “positivista” de Rojas encontraría la “verdad” en el método adoptado; es decir que viene de él y no del “autor” que lo practica. El autor poseería la autoridad intelectual para decidir qué método es el más apropiado y racional y después aplicarlo con el mayor rigor posible. Obrando así, no habría “error”.

Naturalmente, mientras pensaba en ese optimismo, en esa confianza metodológica de Rojas, no podía dejar de sentir cierta nostalgia, llamémoslo así, por un tiempo que no conocí y, a la vez, de preguntarme cuánto hay de efectivo error en esa confianza hoy perdida.

Para cerrar, déjenme detenerme brevemente en unas pocas cuestiones más.

María Celia Vázquez, en “Historias Literarias e intervenciones Críticas sobre la Literatura Argentina”, artículo publicado en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, y cuyo quinto tomo, *La crisis de las formas*, fue dirigido por Alfredo Rubione en el año 2006, hace algunas observaciones que me parecen significativas para recuperar hoy. Escribe María Celia Vázquez:

Los discursos tendientes a inventar una tradición están estrechamente ligados a las pedagogías de la literatura; en tal sentido, existe una trama nutrida, en la que convergen diversos agentes, textos e instituciones escolares a través de la cual se va organizando el sistema y conformando un canon de obras, géneros y autores: la enseñanza de la literatura argentina entra en el nivel secundario antes que en el superior; eso produce un corpus de manuales y repertorios de lectura que historizan, anticipándose a Rojas, la literatura argentina. [...] Hasta la [*Historia de la Literatura Argentina*] de Rojas, los manuales repiten el mismo esquema, un repertorio común de autores, géneros y obras, y un esquema interpretativo similar, basado en los lugares comunes que constituyen la *doxa* escolar. (Vázquez 2006: 430)

Parece lógico que la enseñanza de las matemáticas, por ejemplo, se inicie con manuales elementales que enseñen las cuatro operaciones básicas: sumar, restar, multiplicar y dividir.

Yo no esperaré mucho más de la enseñanza de la lengua: enseñar a leer y escribir. Sería, sin dudas, un logro extraordinario que, al menos ahora, está pendiente en la escuela inicial.

Lo que quiero señalar con esto –y es demasiado obvio, por lo que les pido disculpas– es que el conocimiento avanza, aunque no comienza en el ciclo superior de los estudios sino, al contrario, en el inferior o en el secundario. Vázquez lo dice con sencillez y precisión.

Algo más, les prometo que breve. En su artículo, Vázquez habla de la repetición de pequeños “manuales”.

Para mi desencanto, eso no ha cambiado en la medida que cabría esperar.

Como estudiante de la carrera de Letras, la primera clase que vi dictar en una escuela secundaria estaba a cargo del profesor Miguel Vitagliano, que hoy me acompaña en esta mesa.

En aquella lejanísima ocasión, el profesor Vitagliano no sólo dictó clase sobre los *Veinte poemas de amor para ser leídos en el tranvía*, sino que también incluyó –de manera inaudita– poemas de *En la médula*. Sus alumnos y alumnas de entonces tenían entre 14 y 15 años, y una de ellas era Elenorora Djament, hoy docente de esta facultad y también editora de la joven editorial Eterna Cadencia.

Viendo –y ahora recordando– aquellas remotas y extraordinarias clases en el barrio de Flores, aprendí a ser docente de Lengua y Literatura.

No me parece excesivo hacer en este momento mi agradecimiento público a Miguel Vitagliano, ya que él obró en mí como mi Ricardo Rojas; me ha enseñado a leer el pasado de un modo significativo.

Concluyo con la exposición de un problema. Me refiero a la transmisión de la dimensión histórica de la literatura; es decir, al hecho de que cada libro pertenece a una tradición que lo antecede y respecto de la cual realiza distintos tipos de operaciones –de continuación, de desvío, de réplica, de ruptura.

En este sentido, un libro es inconcebible sin la historia misma de la literatura a la que pertenece –y cuyo autor acaso eligió o fue condenado–. Sin embargo, entiendo que esto es una de las cosas que cada vez cuesta más transmitir a los jóvenes, ya sea en el nivel secundario como en el universitario –que son los que conozco–, para quienes aquella dimensión histórica se ha desdibujado.

Así lo describe Eric Hobsbawm al comienzo de su *Historia del siglo XX*:

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de la generación anterior, es uno de los fenómenos más característicos y más extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven. (Hobsbawm 1998: 13)

Sería una simplificación proponer una sola causa para razonar ese fenómeno, pero podemos conjeturar que la instantánea disponibilidad virtual de los discursos está entre ellas. Esa

disponibilidad es, por cierto, benéfica, pero se ofrece según modos cuyo orden –cuando existe– es muy difícil descubrir.

La grandiosidad textual que propone internet carece de uno de los rasgos elementales de cualquier biblioteca, es decir, de un principio de organización reconocido y admitido por el lector. Aun en sus maneras arbitrarias –las que siguen el orden alfabético, el gusto personal, la altura de los volúmenes en relación con la de los estantes, el aprecio de las obras, la frecuencia en su uso; la conveniencia de exponer, o no, ciertos libros ante la mirada de las visitas–, toda biblioteca responde a un orden cuyo dueño o dueña han establecido y que les permite buscar y no solamente encontrar.

El entrenamiento de los jóvenes en el deslizamiento virtual sobre la pantalla, a partir de enlaces cuya motivación es, en general, invisible, o incognoscible –es sabido que nada más por una motivación económica un sitio, un blog, un nombre propio pueden aparecer antes o después en el torrente de los buscadores–, reemplaza las ideas de causalidad lógica y sucesión histórica por el efecto de contigüidad.

Para recurrir a un par de figuras, podemos imaginar, por un lado, la clásica idea del tiempo como un profundo túnel extendido desde el pasado, que llega hasta nosotros y nos trascenderá; por otro, la imagen de una pantalla sin fondo, sin profundidad, donde el pasado aparece comprimido y apaisado y que los jóvenes perciben, en las palabras de Hobsbawn, “sin relación orgánica” con el pasado y desde un “puro presente”.

No se trata, otra vez, de una brecha sólo generacional, sino también perceptiva.

Para los docentes de literatura, por ejemplo, sean del nivel secundario, terciario o universitario, no existe algo llamado “Borges”, sino un conjunto muy diverso de textos donde la obra de los años veinte es distinta a la de los años cuarenta, como es distinta también a la de los años sesenta o setenta. La percepción de esas variaciones, que se produjeron a lo largo de medio siglo, y en medio de particulares circunstancias estéticas, sociales e ideológicas, es propia en mí como una fatalidad, pero entiendo que en la actualidad no se corresponde exactamente con la percepción de la gran mayoría de mis alumnos y alumnas.

Lo normal –de hecho, ya está ocurriendo– es que esa brecha perceptiva se desvanezca entre los jóvenes profesores de literatura y sus alumnos, en la medida en que unos y otros compartirán, no sólo una percepción común del pasado, sino también la experiencia de vivir en un “presente permanente”.

Quedan por determinar, sin embargo, una serie de cuestiones. Por ejemplo, determinar si esa percepción según contigüidades, que prescinde de la idea de causalidad histórica, será el modo de construir una nueva y valiosa relación con el tiempo o supondrá, como también considera Hobsbawn, “la destrucción del pasado”.

Bibliografía

Hobsbawn, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori, 1998.

Panesi, Jorge. “Rojas, Viñas y yo (Narración crítica de la literatura argentina)”. En: *La Biblioteca*. Buenos Aires: N° 4-5, 2006.

Prieto, Adolfo. *Diccionario básico de literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.

Prieto, Martín. “Ricardo Rojas y la primera historia de la literatura argentina”. En: *Breve historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Taurus, 2006.

Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Kraft, 1960.

Vázquez, María Celia. “Historias literarias e intervenciones críticas sobre la literatura argentina”. En: *La crisis de las formas. Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 5. Buenos Aires: Emecé, 2006.